

En el caso concreto de Guatemala, aunque se presenta como un sólo volumen, el libro de Gilberto Castañeda Sandoval está integrado, en virtud de su concepción, por dos obras separadas, que expresan hábilmente los aspectos fundamentales de la política exterior del Estado guatemalteco sobre la base de las condicionantes económicas y políticas de la misma, y otra consagrada a analizar la relación bilateral entre el vecino país del sur y México durante el periodo 1978-1986.

El libro constituye una historia cronológica y temática, una evaluación de la planificación del subdesarrollo que supo instrumentar con reconocida maestría la estratocracia guatemalteca y un análisis —bajo una óptica marxista— de la crisis económica y política de Guatemala. El democristiano Vinicio Cerezo se colocó la banda presidencial en medio de la más severa crisis económica de la historia de ese país y bajo la permanente sombra de la violencia política. Desde 1980 el desempleo se había quintuplicado; el déficit fiscal era del orden del 3.8% del PNB; y el quetzal se había contraído tres veces en 1985 y la inflación había alcanzado un 70%. Con un importante movimiento guerrillero que se ha mantenido activo durante más de 20 años, la situación social sigue siendo explosiva. Sus orígenes tienen que ver con lo que Castañeda Sandoval denomina la estrategia del "desarrollo aditivo" que, en definitiva, procuraba ensanchar entre 1963 y 1985 "las posibilidades del sistema sin que las reformas" que se introducían afectaran "los intereses concretos de la clase dominante" (p. 56) y que condujo al deterioro de las condiciones económicas de la población, la falta de vida democrática y a una política sistemática de violación de los derechos humanos que incluyó una macabra rutina de asesinatos políticos, desaparecidos y masacres de campesinos.

Un tema recorre el libro con insistencia: el modelo de acumulación capitalista alentado por un Estado autoritario que en todo momento se identificó con los intereses de la "oligarquía terrateniente" —la cual había perdido su papel de ejecutora hegemónica de la reproducción del capital durante la década de los setenta y en el marco del Mercado Común Centroamericano (Mcca)— y de la "burguesía agroexportadora" quien ahora se presenta como la "base de la acumulación capitalista" (p.30). El análisis de Castañeda es insuficiente en tres sentidos. Primero, el más grave desde el punto de vista metodológico, porque con el empleo asfixiante de categorías marxistas hace una simplificación de la realidad al no advertir contradicciones entre la burguesía y los militares. Segundo, por considerar el modelo de acumulación capitalista activado por la estratocracia como parte esencial de la política guatemalteca, olvidando que un buen número de empresarios lo rechazaron. Tercero, al no probar sus afirmaciones debido a la generalización en que incurre en este terreno. El aná-

Castañeda Sandoval, Gilberto. **Guatemala: crisis, política exterior y relaciones con México 1978-1986**, México, Peca-CIDE, 1987, 133 pp.

La necesidad de enriquecer la discusión sobre la participación de México en el proceso de negociaciones de paz y de cooperación en Centroamérica y la percepción que los propios países de la región tienen de éste exigía respuestas inmediatas de parte de los sectores académicos. En un esfuerzo bien elaborado, el Programa de Estudios de Centroamérica satisface tal necesidad con esta obra cuyos coordinadores son Adolfo Aguilar Zinser y Rodrigo Jauberth Rojas, investigadores del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

lisis aquí pudo ser más afortunado si Castañeda hubiera rastreado los momentos de tales contradicciones. En efecto, hasta 1981, los sectores empresariales mantuvieron un apoyo monolítico e incondicional a la gestión del ejército y a las alternativas políticas que éste planteó desde 1963, en el marco de la lucha contrainsurgente. Pero en 1982, los excesos en corrupción del gobierno de Lucas García y la imposición del general Guevara en las elecciones más notoriamente fraudulentas de la historia guatemalteca, llevaron a los diferentes sectores privados a buscar otras opciones.

Pocos días después de las elecciones de marzo de 1982 se registró el golpe de Estado encabezado por Ríos Montt, que, a lo largo de 17 meses de gobierno, fue alejando la posibilidad de solución a la crisis económica, social y política del país, dejando a cambio un saldo de destrucción y muerte, sin conseguir la derrota del movimiento guerrillero y la plena satisfacción de la burguesía. El gobierno de Mejía Vítores, surgido de otro golpe de Estado en agosto de 1983, tampoco resolvió los problemas medulares que interesaban a la iniciativa privada y que se podían sintetizar en la siguiente fórmula: optimización de las utilidades, sin transformaciones sociales y con la liquidación del movimiento insurgente.

Descontando de antemano la dificultad de hablar de un bloque homogéneo de la "burguesía" guatemalteca, el recuento de las posiciones empresariales por parte de Castañeda sufre de reduccionismo. Colocado desde una perspectiva clasista, el Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), máximo representante del sector privado, presentó al mismo Mejía Vítores un documento en el que cuestionaba la política económico-fiscal del régimen. El CACIF mostró particular preocupación por la corrupción y despilfarro en la construcción de obras de infraestructura económica, como la hidroeléctrica de Chixoy, en la que se invirtieron alrededor de mil millones de dólares (aproximadamente la mitad de la deuda externa del país en ese entonces) y que adolecía de fallas estructurales que impedían su funcionamiento, obligando al Estado a desembolsar 200 mil dólares diarios en combustibles. No menos importante fue el hecho de que desde el mes de febrero de 1984, la iniciativa privada, basándose en el mal funcionamiento de la mayoría de las empresas estatales, desarrolló una fuerte campaña de presiones al gobierno de Mejía Vítores a fin de obtener la privatización de las empresas del Estado rentables, como la empresa Nacional de Telecomunicaciones y el Instituto de Electrificación.

Castañeda tampoco aborda con precisión los elementos internos que incidieron en la crisis económica, privilegiando de manera especial los factores externos. Así, por ejemplo, nos habla de que en el aspecto eco-

nómico, "la modernización se plantea como una necesidad imperiosa ante el desorden en el que opera la economía guatemalteca, expuesta como nunca a las tensiones de la economía internacional". Más adelante menciona las "crecientes dificultades del comercio exterior" y que el café, el algodón, el banano y el azúcar, "dejaron de reportar jugosos dividendos y los inversionistas privados no tuvieron más el acceso fácil y privilegiado al mercado centroamericano" (p. 57). El autor olvida, sin embargo, que las contradicciones intraburguesas jugaron un papel preponderante en el agravamiento de la crisis. Prueba de ello es que existían problemas entre los productores de ganado y los industriales del cuero y la carne, quienes se opusieron a la exportación del ganado en pie. En igual sentido se pronunció, durante 1983, la Asociación de Productores de Algodón del CACIF, debido a que este organismo se oponía a la reforma tributaria que impuso en sus últimos días de gobierno Ríos Montt, que liberaba varios impuestos a los agroexportadores y gravaba al comercio y la industria. Asimismo, los obstáculos externos se levantaban a causa de las pugnas intraburguesas: los algodoneiros fueron acusados por los ganaderos de que, al fumigar sus plantaciones con DDT, afectaban al ganado —que se cría en haciendas vecinas— lo que provocó que la carne no fuese aceptada en el mercado estadounidense; los productores grandes y medianos del cardamomo tenían conflictos derivados del monopolio del mercado de ese producto que ejercían los grandes productores; y los productores de caña y los industriales del azúcar se enfrentaban en cada zafra, debido al incumplimiento en la compra de cuotas y en el pago de los precios establecidos por el gobierno. En fin, la realidad socioeconómica guatemalteca no se reduce al esquema de confrontación Estado autoritario-burguesía *versus* masas oprimidas.

Respecto de la "nueva política exterior" guatemalteca, Castañeda afirma que es parte de un conjunto de acciones que tienden a restituir al Estado del vecino país, a sus fuerzas armadas y a la clase dominante, "capacidad de respuesta frente a los acontecimientos internos y regionales". Para el autor, "su artífice y promotor principal fue el propio ejército". En este punto, la descripción de Castañeda es insuficiente para proporcionar una explicación clara en torno a lo que él mismo llama "una relativa neutralidad frente a la política belicista de la administración Reagan en Centroamérica". La motivación original habría sido la reticencia de los guatemaltecos a comprometer recursos, que tenían muy escasos, y a desplegar esfuerzos que los hubieran distraído de su propia guerra interna" (p. 62). Varias observaciones se imponen: los recursos para esta guerra nunca fueron "escasos". Cuando el entonces presidente James Carter suspendió en 1977 la ayuda militar al gobierno del general Kjell Laugerud García, las fuerzas armadas guatemaltecas encontraron un seguro

proveedor de equipo militar en Israel, así como asesoría de especialistas castrenses de Israel, Argentina, Chile y Taiwan (incluso con la ayuda del gobierno de Tel-Aviv, el ejército guatemalteco instaló en 1983 una fábrica de armas y municiones). La "relativa neutralidad" del ejército de Guatemala frente a Washington no es posible reducirla a una preferencia de actitudes, es decir, la de anteponer el interés contrainsurgente a la colaboración con Estados Unidos en la región. En octubre de 1983 el portavoz guatemalteco Djalma Domínguez puntualizó sin aspavientos que: "el ejército guatemalteco está en capacidad de prestar apoyo o asesoría contrainsurgente a los soldados que están en esa base norteamericana" (refiriéndose a la de Puerto Castilla en Honduras).

De ahí que no sorprenda que desde hace más de diez años el ejército de Guatemala tenga su propia escuela de contrainsurgencia, y cuente además con la Escuela Politécnica (academia militar) y el Centro de Estudios Militares (del Estado Mayor), lo que a su vez permitiría hablar de cierta autosuficiencia en especialistas en contrainsurgencia y no de recursos "muy escasos". Castañeda también obvió que sectores importantes de las fuerzas armadas de su país se oponían a lo que denominaban una posible *salvadoreñización* del ejército guatemalteco, es decir, el desplazamiento de oficiales del país centroamericano por estadounidenses en la conducción de la lucha contrainsurgente, y la subordinación absoluta a la política de Washington, sin obtener los resultados esperados. Al no considerar esta hipótesis de trabajo, Castañeda se pierde en el laberinto de las generalizaciones.

El capítulo que Castañeda dedica a la relación México-Guatemala tiene las virtudes críticas de un buen informe, pero también sus defectos. Su enfoque da preferencia a una cronología de encuentros, desencuentros, comunicados y otras descripciones, sobre aspectos

de estructura y de proceso más profundos. En Castañeda predomina un sentimiento defensivo al hablar de la "agresividad de Guatemala hacia México" y de que la clase dominante de su país ha sido la responsable de que se "generara y acrecentara un grado importante de antimexicanismo" (pp. 71-72), como si los mexicanos nos encendiéramos de nacionalismo irracional hasta por el calor generado por una luciérnaga. Esta "carga de mala conciencia" —como diría Jean Paul Sartre— le resta objetividad al análisis de Castañeda, más preocupado por "el qué dirán los mexicanos" que por brindar un riguroso examen de la relación bilateral. Otro inconveniente es el desequilibrio temporal: la verdadera trama para Castañeda ocurre principalmente desde el siglo pasado (la cuestión de límites fronterizos) hasta la caída de la dictadura guatemalteca. Y aun dentro de ella, pasajes enteros resultan irrelevantes. Es una lástima que a la política exterior de Vinicio Cerezo le dedique sólo unas cuantas páginas que parecen reproducir boletines de prensa sobre los acontecimientos que han acercado a los dos países.

De vez en cuando aparecen obras excepcionales que dignifican su campo de estudio. El libro de Gilberto Castañeda, pese a las observaciones críticas realizadas, puede ser considerado una de ellas. Es probable que este esfuerzo del CIDE se convierta en una de las obras modelo sobre la problemática centroamericana y la percepción acerca de México, como instrumento analítico guía para iniciar análisis más profundos y, sobre todo, para el público en general. Si una virtud habría que destacar en la obra de Castañeda es la capacidad que tiene de transmitir —con lenguaje sencillo, aunque aburrido por su terminología— la esencia de cuestiones aparentemente complicadas en una forma fácilmente comprensible sin perder nada de su integridad.

Manuel Morán Rufino